

La cultura y su organización

Por Andrés Sorel*

Siete reflexiones en voz escrita

1.

¿De qué cultura hablamos, escribimos? ¿De la que se expresa a través de revistas especializadas, o de la que día a

día viven las colectividades en sus actos cotidianos? ¿De la protagonizada por minorías o de la despreciada por esas mismas minorías y que afecta al común de los ciudadanos? Y dentro de aquéllas, ¿nos referiremos, por ejemplo, a los barones Thyssen, como si fuesen creadores de algo ajeno a la plusvalía, Dios sabe cómo obtenida, a otros mercaderes que trapearon a los artistas en sus épocas de hambre y desconocimiento y a costa de sus obras se hicieron luego con cuantiosas fortunas y habitaron en las páginas del arte? ¿A la de los grandes editores y su concepción de la literatura siempre en función de las leyes del mercado? ¿A las multinacionales del cine y la televisión que invierten grandes sumas en publicidad para «hacer» a los públicos consumidores de sus productos? Los hábitos alimentarios, las prácticas sexuales, la concepción de la ciudad y el espacio vital, la forma de conversar, el hecho de resignarse a no ser actor nunca, sino espectador siempre, el teatro, la música, el deporte, ¿son hechos culturales? ¿Cultura para pasivamente consumirla, o cultura para activamente realizarla? Museos para turistas que «pasean» por sus dependencias dentro del paquete incluido por las agencias de viajes que programan las vacaciones, sin penetrar jamás en el corazón de lo allí exhibido. Industria del libro publicitado —se necesitan personajes públicos, fáciles de reconocer para ser exhibidos en las portadas, si acaso cuidar el título, que sea de actualidad, lo demás no importa— para rentabilizar lanzamientos internacionales. Películas y telenovelas desnudadas de cualquier tipo de lenguaje o contenido no apto para la comprensión simple de ciudadanos de los cinco continentes. El teatro, mientras, se va extinguiendo. Como las viejas librerías. Como los pequeños y artesanales editores. Pero las publicaciones, no digamos los canales de TV, sólo pertenecen a un puñado de



* Escritor. Secretario General de la Asociación Colegial de Escritores.

accionistas, conectados trilateralmente, que manipulan el gusto colectivo sin posibilidades de competencia. Esta es una de las grandes tragedias: no la ciencia en sí, sino su utilización.

Todavía hablamos, escribimos, pero el empleo de las nuevas técnicas —que van desde la información a los juegos infantiles, de la planificación del trabajo al comportamiento sexual— impone, a la mayoría, su ley. La ciudad que habitamos es distinta. No es ya la vieja aldea en que todos conviven, se saludan, se odian o se aman, pero se conocen, parecen tener un destino común, aceptado, en un orden de leyes no traumáticas. La ciudad hoy, la gran ciudad, también aparece partida en dos, como el mundo, recordemos: Norte-Sur. Las constantes emigraciones mezclan etnias, desarrollos, creencias. El uno desplaza al otro. El otro no sabe como defenderse, dado que la convivencia por días se torna imposible, del uno. Las culturas, como los intereses, no son antagónicos. Siempre se está al borde del abismo. La paz no es prelude sino del brutal estallido. El tiempo, la velocidad, también se miden de forma distinta. En pocos años hemos quemado siglos de historia. Y el ser humano, lógicamente, ha de sufrir, desde que nace, esta mutación.

Siempre se está gestando una nueva civilización. ¿Qué valores permanecen de las cenizas de la antigua? Lo nuevo, ¿continúa, desarrolla, o aniquila? ¿Es enriquecimiento o decadencia lo que viene? Porque lo contemporáneo tiene validez cuando parte de la raíz, no de la nada. El problema no es la cultura individual o de élite, sino la colectiva o social. Un genio aislado no es cultura.

2.

Los creadores. Dudar, rechazar los dogmas, incluido el del progreso, continuar intentando interpretar el mundo. El peligro de su utilización que es neutralización, por el poder o el mercado. De ejercer ellos mismos la autocensura. Crecen los fundamentalismos, lo «sagrado», las peligrosas asociaciones de ciudadanos que velan por la moral, «las buenas costumbres». Otra vez la amenaza del silencio, el exilio, hasta la persecución. El compromiso continúa siendo compromiso con uno mismo y con la libertad. Con su pensamiento. Con su concepto de la transgresión y de la belleza. No hay otro. Mientras los acomodados niegan la existencia del compromiso, desde su situación «comprometida» con el poder —todo poder, cualquier poder— con la religión,

con la creencia de alguna infalibilidad —Papa, justicia, orden divino o humano—: son quienes se sitúan como lacayos sociales o artistas pagados para envolver en cinismo su mala conciencia. Hoy, la única organización que existe para el arte y la cultura, es la del dinero y el mercado: a sus leyes se someten la mayor parte de los creadores. Se burlan del derrumbe de las ideologías quienes gozan al comprobar el fracaso de las revoluciones desideologizadas, revoluciones que sucumbieron a su estulticia, al cerco de la historia, a la acción burguesa y a la castración mental y moral de sus responsables y gran parte de sus impulsores. Como si el creador no debiera ser «diferente» al político, vivir y proyectar desde la soledad, buscando la inmensidad anticoyuntural de su grito, aunque éste sea proclamado en los subsuelos de las ciudades-cloacas en que habita, y desconocer leyes que no debe respetar para evitar convertirse en cómplice de la agonía en que sumerge —es sumergida— el conjunto de la sociedad.

3.

Porque venimos arrastrando —y no nace hoy, que ya fue alumbrado en los años 30, por algo explosionó, el fascismo que tras su momentánea derrota busca formas nuevas para sacar a la luz los viejos odres de su contenido— un vacío existencial e ideológico al que la civilización tecnocrática no desea o no puede dar ninguna alternativa. Muerte del arte humanista. Crisis de identidad de los pueblos, víctimas de la uniformidad. Horror de todos los Fukiyamas que asesinan el noble arte de pensar. Un creador, católico y defensor de valores tradicionales de la conservadora sociedad inglesa, T.S. Eliot, lo supo intuir hace ya más de cincuenta años. Escribe el autor de *Asesinato en la Catedral*: «Si bien parece claro que el progreso de la civilización conllevará la aparición de grupos culturales más especializados, tal evolución no está exenta de peligros. La especialización cultural puede tener como consecuencia una desintegración de la cultura... Idealmente, cada pueblo y con mayor razón, claro está, cada gran ciudad, debería tener su carácter peculiar... Una cultura mundial que sea simplemente uniforme, no será cultura en absoluto».

Leamos hoy a Thomas Bernhard, en la civilizada Austria, su opinión sobre la socialdemocracia, la religión, la educación, la ciudad dormitorio, la cultura, el teatro, la prensa: hasta qué abismos de de-

gradación ha llegado la civilización centro-europea.

¿Acaso no debemos plantearnos cómo conservar la identidad de un pueblo, cómo desarrollarla en la otredad hacia el futuro, cómo luchar para no ser fagocitados por quienes intentan imponer un mercado único, el del ciudadano universal al que se arroja, mentalmente, al abismo de la muerte plana?... Sin diferencia no hay libertad. Sin otredad no hay cultura propia. El dominio ejercido por unos poderosos centros de información y producción cultural a escala europea y mundial, lleva aparejado la destrucción de lo propio, lo singular. Quienes fabrican la cultura homogeneizada —noticias, telefilms, músicas, costumbres del diario vivir—, al fin los tres o cuatro centros mundiales poderosos que poseen los medios para ello, y los intelectuales que la teorizan y defienden, son hoy la mayor amenaza para el hecho cultural de nuestros días y del futuro.

Volvamos a Eliot:

«Una sociedad se encuentra en peligro de desintegrarse cuando no hay contactos entre las gentes de las distintas áreas de actividad, entre el pensamiento político, científico, artístico, religioso y filosófico... La élite debería ser algo distinto compuesto de modo mucho más orgánico que una colección de bonzos, caciques y magnates... Una forma posible de contrarrestar la creciente centralización y politización de las artes y las ciencias, consistiría en impulsar las iniciativas y responsabilidades locales y en separar en la medida de lo posible la fuente proveedora de fondos del control sobre su utilización. La unidad de la cultura, al contrario que la unidad de la organización política, no nos exige una única lealtad, lo cual significa que habrá diversas lealtades. Es un error pensar que el único deber de un individuo debería ser hacia el Estado y es una fantasía sostener que el deber supremo de cada individuo tendría que ser hacia un Superestado».

4.

La cultura del ocio, en las sociedades más industrializadas, es hoy uno de los aspectos más delicados de su propio desarrollo y futuro, teniendo en cuenta que en breve plazo, uno de cada dos ciudadanos estarán en paro. El problema así, para los dirigentes políticos y económicos, no es ya dominar la fuerza de trabajo de sus ciudadanos, impedir la rebelión de sus brazos, sino apoderarse de sus gustos, neutralizar sus conciencias, paralizar



"Las bodas de Fígaro", de P.C. de Beaumarchais. Dirección: Fabià Puigserver. Teatre Lliure (Rep. 1994). (Foto: Ros Ribas).

su voluntad, su individualidad, su capacidad de pensar. Hay que inundarles de imágenes rápidas, sucedidas sin tiempos muertos, consumidas, nunca reflexionadas. ¿Libros, publicaciones teóricas, reuniones al aire libre, organizaciones culturales? Eso es el pasado. Ahora, en la gran aldea mundial, donde uno puede consumir idénticos productos —a la mañana en Madrid o París, a la tarde en Chicago

o Nueva York, a la noche en Tokio o Seúl— lo importante es ver sin conocer: guerra del Golfo —equivalente a los juegos de los niños en los ordenadores—, un partido de fútbol, concursos para hacerse millonarios, más concursos para hacerse millonarios, aplaudid, aplaudid rápida, vertiginosamente, y de paso contemplad los generosos pechos, muslos de nuestras azafatas, para eso están, muje-

res hermosas, independientes, libres, al alcance de todas las miradas, ahora lágrimas con un terrible culebrón, más culebrones, y policías, calles violentas, acción, tiros, acción, más tiros, más policías, que hermosos paisajes las calles de los Angeles, Chicago, Nueva York, cómo se hace salvajemente el amor, hasta la violación tiene su morbo, más mujeres, hombres musculosos, tiros, calles violen-

tas, culebrones, dinero ganado fácilmente, aplausos, las imágenes llevan a la risa, al llanto, en medio, de pasada, noticias, un minuto para la información, Ruanda, Sarajevo, guerras, hambre, y en seguida a lo nuestro, el mundo al alcance de la mano y vuestros sueños, mujeres, dinero, aventuras envueltas en el color de nuestras imágenes, al fin, las catástrofes, las grandes tragedias ocurren en tierras lejanas, Africa, Asia, la otra América, el tercer mundo, eso no es Occidente, aquí está la reserva espiritual, si es preciso se expulsa a los intrusos, todo sigue en orden hoy y mañana, para ser contemplado después del trabajo o ininterrumpidamente si se goza ya del subsidio del paro, la jubilación, os pagamos por no hacer nada, para que os enganchéis las 24 horas del día a la cultura única, programada al unísono en todas las TV del mundo, sólo tenéis que ver, consumir, no pensar, hasta la muerte...

5.

Los viejos, los utópicos, los pesimistas, los que caminan pensando que también vendrán años más duros que nos harán más ciegos, hablan de la necesidad de una segunda revolución, la contraindustrial. Es frecuente que se confundan los excesos, monstruosos errores de los procesos revolucionarios del siglo XX, con la necesidad constante de pensar, alumbrar un ininterrumpido proceso revolucionario: en las relaciones sociales y en la propia moral y desarrollo humano. Uno de los grandes fracasos del comunismo marxista fue concebir al hombre como mero trabajador, olvidando su espiritualidad, su libertad, su búsqueda de placer, la fuerza contrastante que desde la herencia a la vida diaria le impelen al amor, al odio, al deseo, a la resignación, al pacifismo, a la violencia, a la paz, al autoritarismo, a la búsqueda religiosa, el hilo tenue que de la razón a la locura le convierte en un civilizado o en un salvaje. Hoy, siempre, el capitalismo incide en otro error: sólo existe el consumo para él, hace del progreso industrial su Dios, y la sociedad explota, y el encanallamiento se posesiona de los más, y las minorías dominantes no saben ya qué medidas coercitivas mantendrán la fortaleza de sus privilegios. Si olvidamos la creatividad, en el arte y en la organización de una cultura propia, humanista, la amenaza de la barbarie se cernirá sobre los estertores del siglo XX, y frente a ella sólo se erigirá el terror de fundamentalismos más medievales que fruto del tiempo de la ciencia y la razón.

6.

El presente creador se sume igualmente en la duda y la perplejidad y viene arrastrándose desde antes de los interrogantes de Ortega y Gasset. En una carta a Gaughin, Strindberg afirmaba: «Si nuestra vida está enferma, también ha de estarlo nuestro arte; y sólo podemos devolverle la salud empezando de nuevo, como niños o como salvajes... Nuestra civilización es nuestra enfermedad».

La creatividad tiene sus leyes. Y la relación con la memoria de la cultura —para enriquecerla con nuevos ríos que la fecunden— es una de ellas. Nuestro presente sufre precisamente el acoso de un país-imperio que carece de memoria histórica, que no tiene memoria cultural, que por su simple poder económico y militar pretende imponer al mundo su propia concepción del hecho cultural.

Y junto a la memoria la libertad. El ser humano, la colectividad, no pueden ser sujetos pasivos de la historia, meros receptores de imágenes, consumidores de mensajes manipuladores. La libertad va implícita a la creación, libertad como innovación, revolución. En la ciudad cada vez más del pánico, donde las viviendas se transforman en cárceles-refugios uncidas al cordón umbilical de la televisión, no puede existir otra cultura que la dominante transmitida desde los centros de poder planificadores del tiempo del ocio. «Tienes libertad para apagar el aparato y...» dicen los bienpensantes. Esa libertad ha de ser asumida desde una educación y comprensión del mundo diferentes a la que desde la infancia se inculca. Y efectivamente, en nuestra voluntad estriba el hecho de luchar por hacer valer esa educación; por no encerrarnos en nuestra isla bienaventurada, por no dejar que nos tapien el mundo para ignorar lo que se esconde o habita en él.

y 7.

¿Se puede organizar la cultura? Falsamente se plantea el dilema entre dirigismo estatal y privatización capitalista. Como si aquél fuera culpable de todos los males y ésta poseyera los remedios. Recuerdo las críticas a las televisiones públicas cuando no existían las privadas. La basura aportada por éstas, lo único que ha conseguido es rebajar más la escasa calidad de aquellas. A gritos se pedía el cierre de la Editora Nacional en el postfranquismo, cuando ésta publicaba libros raros, de heterodoxos, marginados, clásicos latinoamericanos o contemporáneos

españoles. Cerrada aquella, su herencia no fue recogida por nadie. Porque en el ámbito de la cultura, los creadores forman también una mafia, un coto cerrado. Son utilizados y utilizadores, se apoyan en los aparatos del poder y entre ellos controlan y se reparten las migajas que el poder les concede: el dinero paga, ellos se someten a su dictado: concursos literarios absolutamente manipulados, exposiciones controladas por los mercaderes sin escrúpulo, films y telenovelas producidos de acuerdo a guiones y exigencias meramente mercantiles. Y todo el aparato que maneja la cultura, universidades, academias, editoriales, fundaciones públicas, crítica: todo forma parte del todo: hay una interacción, reparto de papeles para que nadie escape al mercado: el crítico es autor y miembro del staf editorial, el jurado depende para la difusión de la obra de la institución que le nombra, el tráfico de autores y obras de arte está ligado a la industria y la publicidad, y el mercado es la víctima de este mandarínzgo. Lo que Roa Bastos dice en *El Texto cautivo* respecto a la literatura, podríamos aplicarlo al arte en general y a la propia creatividad. Escribe: «Para la filosofía y la praxis del poder cultural no existen las exquisiteces de la fenomenología de la creación literaria. No se enreda en clasificaciones superfluas. El aparato publicitario del poder cultural puede convertir la mediocridad y hasta la nulidad creativa en las virtudes rentables por excelencia... No son los valores de un texto los que cuentan en ciertos casos, sino la épica del lanzamiento, de la promoción, de la difusión, en la gama más completa de las combinaciones posibles. Esta industria del best seller en los Estados Unidos podría ser el ejemplo hipertrofiado del negocio editorial manipulado por el poder cultural, un ejemplo que -a escala- domina el mercado mundial de la literatura».

Insistimos: cuando se habla de la necesidad de que desaparezca la cultura de las instituciones públicas y que se convierta ésta exclusivamente en una mercancía más dominada por las privadas, se olvida que el capital nunca es inocente, y que el gusto no es inocente, que favorecer corrientes minoritarias, en la creación, es a veces la única posibilidad que nos resta para no ser subsumidos en la gran basura a que tiende a convertirse el ocio, desnucleados de su independencia, de la diferencia, desafiante del grito corrosivo y contrastador que el control del mercado impone a la multitud. Los más no son quienes llevan razón.

Las multinacionales de la industria quisieran que nadie se opusiera a la manipu-

lación de la cultura. Pero nosotros pensamos que de no hacerlo así, estaríamos propiciando la muerte absoluta de la misma, entendida la cultura como reflexión, liberación, búsqueda de la belleza, respeto al patrimonio artístico propio, indagación de nuevas vías comunicativas, formación de públicos amplios. Es esta multinacional cultural un reflejo del funcionamiento tecnológico e industrial de nuestra era, que no contento con buscar el obrero perfecto en el ámbito laboral, aspira a nuclear también al ciudadano en un único modelo sin hábitos diferenciados.

Descentralización y autonomía de la cultura, en la planificación y en los fondos a ella destinados. No basta con los pactos

autonómicos, con las transferencias que conllevan: hay que descender al hecho cotidiano, y pedir el control y el reparto de los dineros públicos para uso de la colectividad. Los grandes fastos, fiestas, no dejan tras de sí sino estelas fotográficas pronto devoradas por el tiempo. Importa más dotar de medios —escuelas, talleres, material, salas de exposición y debates— a una ciudad, que hacer de ella capital europea de la cultura. Crear no es negociar con el traficante de turno la adquisición de obras del pasado que él, bajo el barniz de un título nobiliario, explota como en tiempos explotaba la propia mercancía del hombre.

Una cultura que aborde los múltiples problemas de convivencia en las comuni-

dades, con alternativas para las gentes y grupos sociales que en ella viven, que puedan realizar y gestionar sus propios productos, literarios o visuales, gestionar administrativamente y con medios, bibliotecas o productoras, campañas de animación a la lectura o talleres teatrales, cinematográficos, literarios, asociaciones que regeneren la vida cultural prácticamente inexistente en partidos o sindicatos, volcados al coyunturalismo electoral, etc.

Adorno decía: «La soledad inviolable es la única manera que tiene el intelectual de conservar alguna solidaridad». Yo completaría esa afirmación, cierta, con otra de nuestro José Bergamín: «Existir es pensar; y pensar es comprometerse».

Después del derribo, las rebajas

Por Pascale Hugues

Los teatros y ballets de la ex RDA se enfrentan a nuevos problemas

Cuatro años después de la unificación, numerosos teatros, óperas y ballets heredados del régimen comunista se adaptan más mal que bien a la economía de mercado. Proliferan los despidos y cierres y los locales de espectáculos padecen la ley de los directores llegados del Oeste.

Turingia, la verde y romántica provincia de la extinta RDA, parece un niño demasiado mimado. Al recorrer sus pequeños pueblos plantados en valles feraces y rodeados de espesos bosques, uno está tentado de ver allí el paraíso de la cultura para todos. Y es que este pequeño Land de 2,5 millones de habitantes tiene ocho teatros y más de dieciséis orquestas sinfónicas.

En la antigua RDA, cada ciudad de importancia media tenía su «Dreispartmentheater». Por ejemplo, la pequeña ciudad de Nordhausen, que apenas cuenta con 60.000 habitantes, se muestra orgullosa de su ópera. En el corazón de Meiningen, una villa rural de 35.000 almas, campea un precioso edificio, cuna de la tradición naturalista del teatro alemán a

mediados del siglo pasado. Heredados del tiempo de la Alemania troceada de antes del Kaiser, cuando cada duque hacía construir un teatro para divertir a su gente, esta enorme red fue preservada por el régimen comunista, que le aplicó sus rígidos principios: la cultura al alcance de todos, una cultura gratuita y casi totalmente alimentada por las subvenciones de Berlín.

En los «kombinats», las gigantes empresas del Estado, cada «brigada» de obreros tenía derecho a su abono gratuito. Los teatros del Este estaban, pues, llenos durante todo el año, aunque los asientos de los cansados trabajadores quedasen muchas veces vacíos, porque, después de una dura jornada de trabajo, lo único que realmente le apetecía era descansar.

Opulencia teatral

La unificación acabó de la noche a la mañana con toda esta opulencia teatral. Los administradores sin sentimientos y los contables quisquillosos llegados del Oes-